

Las cenizas de Angela

LUIS OVANDO HERNÁNDEZ

CINE

Las cenizas de Ángela, de Alan Parker, está basada en el libro de memorias de Frank McCourt, escrito curiosamente a los 60 años de edad y con el que obtuvo un Pulitzer. El film, reflejo fiel del libro, recoge los primeros 19 años de Frank: nacido en Nueva York, se traslada a Irlanda junto con su familia, para regresar nuevamente a los Estados Unidos en su adolescencia.

La película está muy bien lograda. Los protagonistas –sobre todo los niños– y la historia, limpia de rencor y autocompasiones, causan en el público un efecto no buscado: el llanto conmovedor, propio de quien se hace solidario con el dolor ajeno. La música, los escenarios y las travesuras le dan un toque refrescante a este “éxtasis de la miseria”, como la ha llamado alguno.

La historia de unos inmigrantes

Frank McCourt cuenta su historia teniendo ante sí la vida de sus padres: “Cuando recuerdo mi infancia, me pregunto cómo pude sobrevivir siquiera. Fue una infancia desgraciada, se entiende: las infancias felices no merecen que les prestemos atención. La infancia desgraciada irlandesa es peor que la infancia desgraciada corriente, y la infancia desgraciada irlandesa católica es peor todavía”.

Malachy y Ángela son dos inmigrantes irlandeses que se trasladan a los Estados Unidos, en los tiempos de la Depresión norteamericana. Huyendo de la miseria, los McCourt son el prototipo de aquellos que buscaron mejoras en la tierra de las grandes oportunidades, pero fracasaron en el intento: en su casa de Brooklyn no tienen comida por falta de dinero. Malachy, con su acento típico norirlandés-presbiteriano, con un “glorioso” pasado como militante del IRA y borracho empedernido, no posee un trabajo fijo y cuando encuentra algo para el sustento se lo acaba en los “pubs”.

A sus 3 años de edad Frank recuerda que en casa abundan el hambre, la muerte y el dolor. Los McCourt se ven obligados a volver a Irlanda, en un suburbio de Limerick, para vivir como extranjeros en casa propia. La historia prosigue en medio de la pobreza y de la miseria total. La muerte se hará presente en tres oportunidades. Ángela recurrirá a la caridad, e incluso a la mendicidad, con tal de llevar algo de comer a casa. Las fábricas inglesas, y la bebida, terminarán por llevarse a Malachy. Frank, sin abandonar la escuela, deberá ingeniárselas para llevar algo de dinero a casa, que los sustraija de la indigencia.

Donde hubo fuego...

Para todos es bien conocido el refrán: "donde hubo fuego, cenizas quedan". Alguna vez en nuestras vidas hemos podido constatar que lo que queda después del fuego son las cenizas. Éstas son, pues, un símbolo de eternidad (en contraposición a la célebre frase: "recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás").

Las cenizas de Ángela es un canto a la miseria; pero también es "un canto al amor eterno", que todo lo soporta y todo lo puede. La voz ancha y serena de Frank (narrador en la película), no se eleva en la sala para pedirnos auxilio o para que lloremos con él su desgracia, sino que nos habla de cómo ha sido su vida, donde la única esperanza que pudo abrigar en su corazón fue volver a Norteamérica a echar suerte, esperando le vaya mejor que a sus padres.

Para la realización de este sueño, Frank opta por aquellos otros elementos que vivió al lado de sus padres: el amor, la dignidad y el humor, que no llegaron a faltar en ningún momento. Son éstos los dones que Frank quiere compartir con nosotros a través del personaje clave, Ángela. Es ella quien le sirve de "anteojos" para leer y asimilar la vida que le ha tocado vivir. Es a partir de ella que Frank puede "recrear" su vida marcada por la carencia y el dolor, y mirarse a sí mismo y a su historia como un niño (es impactante la escena en donde Frank adolescente se despide de los Frank niños).

Las cenizas de la Iglesia

Una mención especial se merece la Iglesia que emerge del film. La iconografía es contundente: en todas las escenas cruciales está presente una imagen del Sagrado Corazón, de la virgen o una cruz o la foto de León XIII. Las oraciones y menciones al Dios del cielo son explícitas, así como los conflictos de origen aparentemente religioso (entre Malachy y algunos miembros de la familia de Ángela, entre católicos y protestantes). El ambiente vital de Frank está atravesado por la omnipresencia de la Iglesia, o mejor aún, de un modelo de Iglesia que incluso hoy se resiste a desaparecer.

Las cenizas de Ángela se desarrolla en "Irlanda, la católica", o sea, en medio de un país que conoció a una Iglesia reguladora de todos los ámbitos de la existencia de las personas. La Iglesia tiene poder de injerencia en cualquier espacio de la vida de los sujetos, salvo en las carencias materiales y "cenizas" de la gente, a no ser a un nivel meramente asistencial y prepotente, que humilla al pobre ("Peor que mendigar, es comerse la sobra de los curas"; dirá Frank). Confesores, predicadores y maestros son los evangelizadores de un Dios duro y castigador, que hurga la conciencia del pecador hasta límites insospechados ("Este padre debe ser del campo, pues ha hablado de hacer el amor con los animales"; se dirá Frank a sí mismo tras haber confesado su pecado de "excitación", refiriéndose al hecho de la masturbación). Los representantes oficiales están casados con un sector: Frank no será aceptado en la universidad o como acólito por el simple hecho de ser pobre.

Esta Iglesia está de espaldas al "cisma escondido" (Pietro Prini) con que vive la gente su cristianismo: a las cosas buenas se le tildan de malas, y a las malas de buenas. Malachy le reprochará a Ángela no cumplir con sus obligaciones como esposa y católica, al no querer tener relaciones sexuales con él; pero el catolicismo no tiene nada que decirle a su incumplimiento como sostén de familia. Ángela, por su parte, no tendrá inconvenientes en acostarse con su primo y mendigar, con tal de asegurar un techo y algo que comer para ella y sus niños.

Frank McCourt es demasiado honesto para limitarse a mostrarnos esta sola cara de la Iglesia. En la película aparece otra, bien distinta: León XIII, es un papa bueno porque se preocupa por la suerte de los obreros. Frank conoce el verdadero sentido de la confesión cuando la hace con un hijo de San Francisco: ya no hay que "recitar" los pecados de siempre o acudir a un cura sordo como una tapia, sino abre su existencia con sus miserias, al mismo Dios. Frank llora la muerte de su joven y enferma amante, confiesa el drama de saber que la ha condenado por el hecho de haber tenido "excitación" con ella. En medio del reconocimiento de todas sus faltas, encuentra el perdón y la paz.

A partir de la historia de Frank podemos intuir lo que significa "estar en gracia de Dios": se trata de vivir el don gracioso que Dios nos hace con su amistad. Frank niño pedirá por sus hermanos muertos, pero también porque la muerte no se vuelva a hacer presente en casa. Asimismo pedirá por los niños con quien se pelea y por su intransigente maestro. El "Dios de Frank" es el mismo que no puede nacer en Limerick, porque se moriría inmediatamente a causa del río y de la humedad. Su Dios tiene que ver con el tiempo.

El ave Fénix

Las cenizas de Ángela me ha evocado la antigua leyenda del ave Fénix. El fabuloso animal surca los cielos mientras se va consumiendo a causa del fuego, hasta terminar convertido en cenizas. Es a partir de éstas que renace y comienza nuevamente su viaje, pero con mayor intensidad. Algo de eso viví en medio de tantos prófugos y refugiados africanos y de Europa del este: huyendo de la guerra o la pobreza apostaron porque sus hijos resurgieran de sus cenizas. En ocasiones fue así, en muchas otras no.

Frank McCourt resurgió de las cenizas de Ángela, y es por ello que nos expuso su vida de modo sereno, como dijimos anteriormente. Somos nosotros los que inclinamos la balanza a favor de la solidaridad.

LUIS OVANDO HERNÁNDEZ, S.J.
MIEMBRO DEL CONSEJO DE REDACCIÓN DE SIC

CINE